

Observaciones acerca de los usos y costumbres franceses al principio del siglo XIX

por M. E. JOUY (1)



(Traducción de «Martín de Anguiozar»)

BAYONA (2)

29 DE MARZO DE 1817.

Saint-Esprit (Espíritu Santo) no es, hablando con propiedad, sino un arrabal de Bayona, de la cual está separado por el Adur y a la que le une un puente de madera muy hermoso. La ciudadela obra de Vauban, desde donde se descubre Bayona y los ríos que la riegan, las cimas de los Pirineos, el puerto y una amplia extensión de mar, ofrecen uno de los aspectos más pintorescos que conozco. Vernet ha hecho de esta vista magnífica el asunto de una de sus más bellas *marinas* (3).

La población de Saint-Esprit, que se eleva a unas cuatro mil almas, está compuesta en muy gran parte de israelitas. Se puede leer en Basnage la época y las circunstancias en que se establecieron por las provincias meridionales de Francia, y principalmente en Saint-Esprit, Bayona y Burdeos, esas familias judías que esca-

(1) *L'Hermite en Province ou Observations sur les moeurs et les usages français au commencement du XIX siecle par M. E. Jouy. Tome premier.* 1818. (Nota del Traductor.) Publicamos éste, como otros trabajos de la misma índole, a título de información. Algunas de las opiniones y etimologías que contiene son hoy inaceptables. (Julio de Urquijo).

(2) Bajo la denominación de «Bayona, publicamos un fragmento del capítulo VII titulado *Les Basses-Pyrénées* (N. del T.)

(3) En letra bastardilla. (N. del T.)

paron a los suplicios de la inquisición. Encontraron primero en Francia esa generosa hospitalidad de que la nación francesa ha ofrecido siempre ejemplo. Desde la revolución los judíos han entrado en el reparto de la justicia y de los derechos comunes a todos los ciudadanos. Las familias judías, de origen español y portugués, que habitan el mediodía, las de origen alemán, que residen en el norte, viven bajo una misma ley civil y religiosa, confundiendo así sus costumbres y sus lenguas, y forman lo que se debe llamar ahora *judíos franceses* (3).

No existe en Bayona mismo sino muy pequeño número de familias judías, entre las cuales la de Furtado es la más considerada. Solo desde la revolución han aguantado los Bayoneses que los judíos llegasen a ser habitantes de la ciudad. Los judíos de Saint-Espirit son en general sobrios, laboriosos; ejercen honorablemente todas las profesiones útiles; algunos se ocupan con éxito de las artes liberales, y casi todos han dado pruebas de adhesión a la monarquía constitucional; no obstante es preciso confesar que son aun víctimas de las prevenciones religiosas que un pequeño número de fanáticos trata de hacer revivir. Los judíos de Saint-Espirit tienen tres sinagogas; todos los sábados, un rabino español acude a predicar en una lengua que no es ya comprendida sino por algunos ancianos y a la cual será preciso acabar por sustituir el francés, que ha llegado a ser de uso mucho más general.

Bayona está dividida en dos partes por la Nive; el Adur baña una porción exterior de ella y recibe a la Nive bajo los muros del Reducto. La entrada del puerto está dificultada por una barra que varía y que es preciso reconocer frecuentemente sonda en mano. Se han construído en la embocadura del Adur dos hermosos muelles que tienen por objeto contener las dunas y encauzar la ría a fin de dar a la corriente más fuerza para dragar el canal.

Bayona, en la que se cuentan trece o catorce mil habitantes, está situada de la manera más pintoresca; la villa está generalmente mal edificada; su aire es puro, los vinos son exquisitos y las mujeres encantadoras; los alrededores son deliciosos, pero la campaña de 1813, durante la cual se destruyó todo en un radio de una legua, ha hecho desaparecer las casas de campo y los hermosos árboles las adornaban. Existe en Bayona un comercio considerable; lanas de Castilla y Aragón, vinos y aguardientes de la Chalosse, del Bearne y de Armagnac, son, con materias resinosas, los principales artículos.

Las *Allées maritimes* forman un paseo tan notable que no se parece a nada de lo que se ha visto. Es una especie de muelle plantado de árboles, conservado y enarenado con mucho cuidado; uno de sus lados está bordeado de lindas casas pintadas de diversos colores; en el otro reina un malecón soberbio al que vienen a amarrar los navíos y de donde se descubre Saint-Esprit coronado por la ciudadela; al pie, el astillero real de construcción, llamado el *parque* (3), y una fila de casitas llamadas *chais* (4), de aspecto muy agradable.

Bayona es famosa para siempre en los fastos de la guerra por la invención de la bayoneta, arma doblemente nacional por su origen y por el empleo terrible que de ella saben hacer los Franceses. Por lo que pude juzgar a primera vista, aquí se cultivan poco las artes, y la educación no viene sino debilmente al socorro de las más felices disposiciones naturales. Las costumbres son amables sin ser muy pulidas; la benevolencia en las maneras suple a la gracia, y generalmente el ingenio carece de instrucción. No sé sobre qué prevenciones tradicionales ha podido establecerse la absurda reputación de falsos bravos, hecha a los habitantes de estas provincias, cuando la experiencia de todos los tiempos ha probado tan bien que el valor militar es, en todas las clases, una de sus cualidades distintivas; cuando es un hecho que entre tantos héroes como se hallaron poblados nuestros ejércitos en las diferentes épocas de nuestra historia, la Gascuña puede con derecho reclamar por sí sola la mayor parte.

A falta de sabios y gentes, de letras, (entre los cuales no recuerdo mas nombre), Bayona ha producido muchos hombres distinguidos en la carrera de las finanzas y del comercio. Citaré a Laborde de Mereville, célebre por la protección y los estímulos que prodigaba a las letras y a las artes, que le han recompensado tan noblemente en la persona de su hijo; Cabarus, que ha adquirido reputación tan brillante en calidad de ministro en un reino vecino cuyas finanzas ha regido; entre los negociantes Martín Antonio Bertons, fallecido antes de la Revolución, y Nicolás Lormand, de noventa años de edad, menos recomendables los dos por las inmensas riquezas que por las virtudes comerciales de que dejaron ejemplo a Leon y Juan Bathebat, Bastareche, Poydenot, Laserre, Betheder, todos igualmente distinguidos por su probidad, su mérito

(4) Literal y en letra bastardilla. (N. del T.)

y su fortuna. Los jefes de las dos casas de banca de que se honra el comercio de París, Sres. Laffitte y Behic, nacieron también en Bayona.

En 1815, los Españoles, fuertes de quince mil hombres, pasaron el Bidasoa e hicieron una demostración sobre Bayona; no había un soldado en la plaza; los Bayoneses corrieron a las armas; ochocientos hombres de guardia nacional escogidos ocuparon las cercanías; trescientos marinos, de los cuales se organizaron ochenta en compañía de artillería, armaron todos los fuertes; los hombres de edad y los ancianos guarnecieron el campo atrincherado y las murallas; todos juraron enterrarse bajo las ruinas de la villa. Esta actitud impuso a los Españoles, que renunciaron a su proyecto. Los Bayoneses tienen espíritu militar; la guardia nacional tiene el porte de un viejo regimiento de línea, y no maniobra menos bien. Los marinos de Bayona son excelentes; varios oficiales, nacidos en esta villa, han ilustrado nuestra marina; los capitanes de navío Dubourdier y Roquebert murieron gloriosamente combatiendo a fuerzas superiores: el capitán Bergeret se ilustró por grandes talentos y por varios combates célebres.

La vida privada de los habitantes de Bayona, en las clases superiores, es casi la misma que la de los habitantes de Burdeos; la educación de las mujeres está tal vez en esta más cuidada bajo el aspecto de la cultura del espíritu y del talento de la gracia; pero no reciben menor educación en cuanto a trabajos y cuidados del hogar. La sala de espectáculo de Bayona es muy pequeña; no se representa en ella sino durante algunos meses del año, y los actores que acuden justifican generalmente el poco entusiasmo que los habitantes de esta villa testimonian hacia la más noble de las distracciones. De todos los placeres, el baile es al que se dedican aquí con más pasión; los bailes son muy frecuentes durante el invierno, y en verano los Bayoneses de todas las clases se dirigen a Biarritz, aldea situada a la orilla de mar, para entregarse a los placeres del baño y de la danza; las expediciones a Biarritz se hacen ordinariamente en *cacolet* (5).

No debo olvidar la *pamperruque*, danza bayonesa particular. Se baila en las calles en traje característico, al son del tambor y sin música. La *pamperruque* (4) era antaño de rigor para hacer los

(5) Puede consultarse la revista *Euskalerraren Alde*, números 279, 305 y 306. (N. del T.)

honores de la villa a algún gran personaje; se componía de muchachos jóvenes y de señoritas de los más distinguidos. Esta danza, completamente local, es triste, monótona, y no puede tener encantos sino para aquellos a quienes recuerde memorias de la infancia. La *carrera del ganso* (3) es un juego náutico en el cual los marinos bayoneses, excelentes nadadores, despliegan su fuerza y su prodigiosa agilidad.

Entre las supersticiones del país, el dragón de varias cabezas de Lucia desempeña demasiado gran papel para pasarlo en silencio. Una historia, o mejor un cuento popular, atestigua que este dragón assolaba la comarca, que un *Belzunce* (4) se sacrificó por la seguridad pública, que mató al dragón, pero que fué ahogado por la llama y el humo que el monstruo vomitaba.

LOS VASCOS

5 DE ABRIL DE 1817.

Después de haber hecho varias excursiones por los alrededores de Bayona, mi buen genio me condujo una mañana sobre una terraza de Marrac desde donde la vista domina y recorre el curso de la Nive; de ahí abrazaba una gran parte de los valles y montañas en que viven los Vascos, separados en cierto modo del mundo entero por su territorio y por su idioma. Reflexioné acerca de que este aislamiento no les había puesto al abrigo de la fama y que César en una frase muy precisa de sus *Comentarios* (3), hace de ellos un elogio después del cual no hay más elogios hablando de las razas y de las tribus de la especie humana. Recordé que en 1795 un ministro prusiano (Humboldt) vino a establecerse en el país para aprender su idioma.....

La clase de curiosidad reflexiva que yo ponía al recorrer con los ojos aquel amplio paisaje, llamó la atención de un hombre de cierta edad que se había acercado a mí y que parecía disfrutar en mi admiración. «El señor es extranjero», —me dijo poniendo la mano en su boina—. «He nacido en Francia, —le contesté—, pero salí de ella a los quince años, habiendo entrado en ella a los sesenta y dos; después de haber habitado sucesivamente en las cuatro partes del mundo, vea V., señor, que tengo margen para elegirme una

patria». «No vacilaríais, —repuso vivamente—, si tuvierais como yo la dicha de ser Vasco. También yo, como V., he recorrido muchos países, pero regreso siempre a mis montañas, y cuanto más observo este pequeño rincón de tierra, más lo comparo a cuanto he visto y más razones hallo para justificar ante mis propios ojos la preferencia que le doy».

Era-el hombre que me hacía falta; no se cansaba ni de correr ni de hablar, y yo no me cansaba de seguirle ni de oírle. Este personaje singular con el cual me encontraba unido al cabo de media hora, como si le hubiese conocido hacía diez años, era a todas miras un hombre muy distinguido. Su amplia instrucción, en que el estudio de la antigüedad parece haber sido objeto principal, le da una especie de existencia especulativa que no le muestra en el presente sino un punto de partida hacia las cosas que fueron, o hacia aquellas que deben ser. Diríase que tiene necesidad de poner siglos y generaciones eslabonados para percibirlos. Los Griegos, los Romanos, son para él pueblos de ayer, y la antigüedad prodigiosa que supone a la pequeña nación vasca entra por mucho en el amor que guarda por su país natal. El Sr. Dèstere (es el nombre bajo el que se ha dado a conocer) me ha recordado a esos bramanes del Indostán que mira como a los depositarios de la sabiduría humana; y debo, no lo dudo, a la suerte que he tenido de vivir algún tiempo con los descendientes de los antiguos bramanes, el haber en parte merecido la consideración que me ha atestado durante la semana que hemos pasado juntos entre las peñas y collados del país vasco. Lo que va a leerse es resultado de nuestros paseos y conversaciones.

Bajo el nombre de Cántabros (6), los Vascos entraron en el dominio de Roma, más difícilmente y más tarde que las demás tribus de la Península, Este dominio, tan pesado en el resto de la tierra, no fué nunca para ellos un verdadero yugo; conservaron su idioma, sus usos y costumbres administrativas y judiciales. No fué un Licurgo quien les había dado las leyes orales que les rigieron desde hacía tantos siglos; las habían recibido de la misma naturaleza, y todos habían trabajado por establecerlas; pero esas leyes, que nadie había hecho, eran amadas con pasión, y los primeros historiadores de Roma no pudieron dejar de hablar de ellas con una especie de

(6) La crítica histórica ha demostrado ya la diferencia establecida entre Cántabros y Vascones. (N. del T.)

respeto filosófico que no guardaron siempre para las instituciones de otros pueblos.

Los Vascos habitan sobre los flancos opuestos de los Pirineos Occidentales; la mayor parte de esta nación está sometida a España y forma la población de Navarra, Alava, Vizcaya y Guipúzcoa. Los Vascos franceses ocupan a lo largo de los Pirineos septentrionales un pequeño territorio dividido en tres comarcas que se designan por Baja-Navarra (Benabarre), Soule (Zuberoa) y Labour (Labort), las cuales, con el Bearn, constituyen el departamento o provincia de los Bajos Pirineos. Los Vascos españoles y franceses son de una sola y misma raza de hombres; su talla es media, pero esbelta y bien proporcionada; sus rasgos son pronunciados, su fisonomía a la vez dulce y altiva; son vivos, laboriosos y de una agilidad proverbial. Los Vascos hablan un idioma que no tiene analogía con ninguna de las lenguas vivas; algunas palabras idénticas de la Grecia y del Egipto, sirven de base al sistema de un hombre célebre, compatriota del Sr. Destère, el cual da a la lengua vasca un origen fenicio (7). La lengua vasca parece haber sido antaño la única en uso por toda la extensión de la Península; en efecto, de Cádiz hasta Ferrol, de Lisboa hasta Pamplona, asombra el gran número de ríos, montañas, monumentos y ruinas que llevan aún nombres vascos. Laborde, en su «Itinerario de España», nos dice que en el reino de Valencia ha visto subterráneos antiguos que se cree hayan servido de graneros; añade que en el país se les llama *siloa* (4). Pues *siloa* es palabra vasca que significa agujero, subterráneo, excavación (notemos al pasar que en hebreo la palabra *siloe* tiene el mismo significado). En el fondo de Portugal se encuentra una villa edificada o reedificada por un Romano, y que se denomina Hiri-Flavia (villa de Flavius), de la palabra vasca *iria*, que quiere decir poblado. «Podría—continuó el Sr. Destère—citaros, otros cien ejemplos de esas palabras vascas venidas de tan lejos *sin haber cambiado en su viaje* (4).

«Ahora, —añadió—, ¿cómo esta lengua vasca, ahogada tan pronto por la latina en el resto de la Península, se ha mantenido en un rincón de los Pirineos? ¿cómo escapó sola a la corrupción introducida por las invasiones sucesivas de Vándalos, Alanos, Godos y Moros?».

(7) Se refiere el autor a Garat, que escribió acerca de que los Vascos descendían de los Fenicios; teoría inadmisibles hoy en día. (N. del T.)

Respondo a eso que los Cántabros (6), que preferían sus peñas a todo el esplendor romano, se guardaron bien de aprender ese latín que la ambición estudiaba para envilecerse con elegancia y con el que los bárbaros invasores no corrompieron la lengua de los Vascos, porque no se establecieron en medio de ellos, y porque no hicieron en cierto modo sino pasar por su país. Los Vascos preferían sus peñas a todo, y no se inquietaba nadie por sus peñas; hoy ocurre lo mismo.

No hay ciudad en el país vasco y la población no se divide sino en dos órdenes, nobles y cultivadores; la nobleza (exceptuados los Belzunce y dos o tres familias más) es pobre, sin ilustración, pero sociable y hospitalaria. Es un rasgo particular de la nación vasca ejercer la hospitalidad más generosa hacia los extranjeros que visitan su país, así como tomar aversión por los que quieren establecerse en él; recordaré acerca de este asunto un caso histórico muy notable.

En la época en que los Godos inundaron Francia y España en cuerpo de nación armada, dejaron en los distritos vascos algunos enfermos y rezagados; varios de ellos encontraron esta permanencia más agradable que la de la Gótica, y no quisieron salir de ella. Fijáronse entre los Vascos, pero no pudieron nunca naturalizarse entre ellos; hechos cristianos, como los Aborígenes, estos persistieron durante varios Siglos en no tener nada de común con aquellos, hasta en las iglesias: pilas bautismales, tumbas, todo era separado. El nombre de Godos o Agotes, aplicado y recibido como cruel injuria, hizo correr la sangre en más de una ocasión. Esta aversión absurda ha perdido ya casi toda su violencia; en nuestros días, los Vascos puros viven en paz con los Agotes; pero el prejuicio tiene no obstante aún bastante fuerza para llegar a ser un obstáculo a las alianzas de familias, y mi guía me ha citado lindas personas, hasta con buenas dotes, rechazadas bajo pretexto de origen agote.

Otra raza extraña se introdujo mucho antes en el país vasco; vivía, como en todos los lugares donde se extendió, en aislamiento absoluto de la sociedad, de la cual no formó jamás parte. Quiero hablar de esa raza vagabunda muy impropiamente llamada *bohemos* (3) y que ya en los tiempos de Augusto y de Tiberio iba a Roma bajo el nombre de Egipcianos a vender pequeñas imágenes de Isis y de Osiris diciendo 12 buena ventura a los amos del mundo. Se ignora la época atrasada en que esos gitanos se fijaron entre los Pirineos y Bayona, de donde acaban de ser expulsados sin espe-

ranza de regreso. Los bohemios erraban desde tiempo inmemorial en este espacio viviendo del producto de su rapiña sin otro domicilio que sus bosques, sus granjas abiertas y las ruinas de las casas abandonadas (8).

«Me ha ocurrido amenudo, —me dice el Sr. Destère—, viajando de noche, ver bandas de gitanos y gitanas danzar al son de castañuelas alrededor de un roble ardiendo en que cocían las viandas del festín. Este espectáculo tenía algo de fantástico que chocaba vivamente a la imaginación». En medio de una promiscuidad de ambos sexos, había sin duda preferencias bastante largas para que se las pudiera dar el nombre de casamientos; sin embargo los niños no conocían sino a sus madres, y los padres se dispensaban de tomar un título al cual no tenían casi nunca sino un derecho eventual. Algunos individuos de estas bandas vagabundas se fijaban alrededor de las habitaciones y se convertían en intermediarias peligrosas por medio de las cuales se combinaban mejor y se ejecutaban con más seguridad los planes de rapiña.

El año 1804 el Sr. de Castelane, entonces prefecto de los Bajos Pirineos, recibió orden del gobierno de limpiar el país de esos gitanos dispersos en veinte sitios diferentes. En una sola noche fueron todos envueltos como en una red y conducidos a bordo de navíos que les desembarcaron en la costa de Africa. Esta medida de rigor, que recibió en su ejecución todas las suavidades que la justicia y la humanidad reclaman, fué un verdadero beneficio para el departamento o provincia.

.....

DEL PAIS VASCO

19 DE ABRIL DE 1817.

Hay pueblos como mujeres por quienes se apasiona uno antes de darse cuenta de los motivos que determinan la predilección que se les acuerda. Se siente esta especie de sorpresa entre los Vascos; se les ama antes de conocerles; en medio de ellos se cree uno en un pequeño mundo nuevo con el cual se recuerda haber soñado; esos

(8) Sólo la lengua, que es un dialecto neo-hindu, ha declarado el origen de estas gentes, tribus que se creían ellas mismas procedentes de Egipto y que vagaron por Europa desde el siglo xv. (N. del T.)

pastores que descienden de las montañas; esas muchachas de paso listo y gracioso, cuyos cabellos son tan negros, cuyos ojos son tan vivos; esa población activa y riente, cuya campiña está por decirlo así esmaltada; todo aquí encanta a los ojos e interesa al corazón. Debo decir que mi amable guía no olvida nada para aumentar el encanto bajo el cual vivo en esta comarca deliciosa. Me enseña su país con todo el acierto y coquetería de un propietario cuidadoso que al pasearos por sus jardines os proporciona la sorpresa de un punto de vista, el encuentro de una cascada, el aspecto más ventajoso de una fábrica. He aceptado la hospitalidad que me ha ofrecido en su casa de Mouguerre y, en nuestras excursiones dirigidas por él, no he tenido que preocuparme sino de ver y de describir, ayudándome frecuentemente con sus ojos y con su espíritu.

Al llegar a las alturas que rodean y dominan a Ainhoa, primer municipio francés del lado de España, el Sr. Destère me hizo notar que dirigiendo la vista lo más lejos posible hacia el norte, al oeste y al este, abrazábamos un espacio que contiene a Laburdi, la más importante de las tres comarcas vascas y aquella en que aparecen haberse conservado mejor todos los rasgos primitivos de esta antigua raza de hombres. Esta extensión de terreno bastaría para un número más considerable de municipios, pero una población mayor no podría alimentarse sin gran aumento de cultivo, lo cual no exigiría sino adelanto de capitales, porque en ninguna parte se ha conservado mejor en la práctica lo que había de bueno en las teorías de Virgilio y Columelle; esta práctica no es en verdad sino una rutina, pero esta rutina no es la de otros campesinos franceses, sujetos durante tantos siglos a la gleba. El genio antiguo y secreto que dirige la agricultura entre los Vascos puede de una generación a otra revelarse a ellos y recibir las luces del genio moderno de los Arturo Young y de los Fellenberg.

Dirigiendo desde las alturas de Ainhoa la mirada hacia la izquierda y recorriendo los bordes del Océano, desde el Bidasoa hasta Bayona, se ven sucesivamente los burgos de Urruña, Ziburu, San Juan de Luz, Getari, Bidart, Biarritz y Anglet, nombres sin fama hoy y que no han estado siempre sin gloria. Es ahí donde nacían y se formaban esos lobos de mar, esos intrépidos marinos que en tiempos anteriores al establecimiento de la marina inglesa y a la existencia de Holanda, perseguían y herían a la ballena con arpón hasta en los más altos mares del Norte. Las presunciones, por no decir pruebas más fuertes, autorizan a pensar que los Vascos son

los primeros europeos que vieron y tocaron Terranova; el nombre vasco *macaillaoua* (4), que los pescadores de todos los países dan al bacalao amarillo y salado, viene al apoyo de esta opinión (9). Hay una prueba, más honrosa para esta pequeña nación y menos generalmente adoptada, que merecería examen profundo. Robertson en las notas de su *Historia de América*, examina si es cierto que Cristóbal Colón (navegando con vascos por las mares del Norte antes de su gran pensamiento y de su gran descubrimiento de un nuevo mundo) escuchó el relato de un Vizcaíno que la tempestad empujó hacia ese mismo continente en que Colón se dirigió después ayudado por su genio y por su brújula. «Después de haber leído esta disertación, —añadió el Sr. Destère—, se podrá sin ser vasco como yo quedar convencido, si no de la verdad, por lo menos de la verosimilitud del hecho; e, independientemente de toda tradición histórica, ¿no es esta conjetura mucho más natural que la que se funda únicamente en una inspiración del genio de Colón, alumbrado por teorías del cielo y de la tierra, tan mal conocidas en aquella época? Una conjetura es que los archivos de Ziburu, de San Juan de Luz y de varios municipios vascos españoles sobre la prolongación de las mismas costas, contienen varios relatos ignorados acerca de esta gran época que cambió la faz del globo y que un buen examen de esos mismos archivos nos haría conocer; pero ese trabajo exigiría hombres de instrucción profunda en geografía, en astronomía, sobre todo en historia, y no podría ser llevado a cabo sino por sabios del país, porque (aunque los anales por consultar estuvieran escritos, en francés o en español) está en la naturaleza de los Vascos llevar el espíritu de su lengua a todas aquellas que hablan o que escriben» (10).

«San Juan de Luz, donde se realizó el casamiento de Luis XIV; San Juan de Luz, donde nuestros príncipes, a su vez, fueron recibidos con tan vivos transportes de alegría, tiene sin duda adquiridos títulos en su favor; ¿por qué no se ordenaría que el mencionado estudio se hiciera en esta villa donde se encuentran además hombres muy capaces de acometerlo? Puedo nombrar a tres: el

(9) Sr trató detalladamente de este asunto en la revista *Euskalerriren Alde*, número de Julio 1921. (N. del T.)

(10) No es posible aclarar en una breve nota los conceptos que el autor Jouy atribuye en 1817 a su informador Destère, por lo que remitimos al curioso lector a ta nota anterior (9) y a un artículo titulado «El descubrimiento de América», publicado por la revista «La Baskonia» de Buenos Aires, sin que recordemos la fecha. (N. del T.)

Sr. Leremboure, que fué recibidor particular de Bayona, ahora en Condom, hombre de negocios por estado y hombre de letras por gusto; el Sr. Ducos, médico, versado en ciencias físicas y morales, el cual ha pasado su vida en las costas, y que habla con la misma facilidad las lenguas vasca, francesa y española; el Sr. Labrouche, que ha ocupado durante tanto tiempo y con tanto honor la plaza de alcalde de San Juan de Luz, después de haber realizado varios viajes de íargo curso.»

San Juan de Luz, hace tres siglos, era una villa rica y poblada, cuyos alrededores estaban cubiertos de lindas casas de campo. Desde hace más de cien años, la prosperidad de Inglaterra y de Holanda ha detenido la suya cerrándole los caminos de todos los mares. No es imposible que no se les abra algún día y, para tenerla dispuesta, convendría entretenerla con frecuencia en el recuerdo de su antigua gloria.

Biarritz, en la antigua marina de los Vascos franceses, estaba mirada como una sucursal de San Juan de Luz y Ziburu; hoy no se ve allí sino algunos barcos pesqueros cuyos productos bastan para ofrecer un aspecto de bienestar a los habitantes de esa aldea edificada sobre rocas. Biarritz es famoso por sus baños de mar, y es un espectáculo encantador ver en ciertos días llegar de todas partes caravanas de *cacolets* cuyas lindas viajeras van cubiertas de largos velos de gasa que les ponen, así como a sus caballos, al abrigo de los mosquitos que bordonean sin cesar a su alrededor (5). Los baños de mar se toman en Biarritz y en los alrededores de Anglet en agujeros de rocas que se llaman baños de *amor* (3). En ninguna parte está batido el golfo de Gascuña por más tempestades; el movimiento retrógado de las olas rotas por el reflujo ha arrasrado con frecuencia a los bañistas, y otras tantas veces jóvenes y vigorosos nadadores volaron a su socorro, pero casi siempre sin éxito. El peligro es grande, los ejemplos son conocidos, todas las madres cuentan a sus hijas la anécdota de la Cámara de Amor: se escucha, se llora, pero se vuelve a los baños de amor.

.....

La pequeña nación vasca no se parece a ninguna otra, pues todo lleva carácter original, todo va marcado con ese viejo sello que la roña del tiempo hace aún más respetable... Vuelvo a encontrarme con el Sr. Destère en las alturas de Ainhoa, donde continuamos nuestra revista topográfica. Dirigiendo las miradas en torno de sí mismo, se percibe a poca distancia Sara, Saint-Pé, Ezpeleta, tres

grandes burgos como no se ven en Francia sino en la orilla derecha del Garona, desde Tolosa hasta Burdeos. Ezpeleta, que toca por decirlo así con España, debe sin duda su engrandecimiento a la ventaja que tiene de ser la primera estación de Francia de ese pequeño comercio de lanas que los Españoles realizaban y hacen aun a lomo de mula. Sara y Saint-Pé, vecinos de la costa y rodeados de valles profundos, tienen medios de bienestar mas seguros, estando cercanas a esos montes horadados. antiguamente por la busca de las minas, y se habla el vasco más puro. La mujer de un notario de Saint-Pé, la Sra. Duhalde, ha hecho en versos vascos una traducción encantadora de fábulas de La Fontaine; de Sara o de Saint-Pé salieron dos jesuitas del mismo nombre que esa dama, los Padres Duhalde, uno de los cuales ha pasado su vida en las misiones de China, mientras el otro se ocupó de redactar las Memorias que su hermano le hacía llegar, y que Montesquieu ha tenido ocasión de citar amenudo.

A la derecha de Ainhoa se encuentran varias otras aldeas escondidas entre montañas y famosas por el cultivo de sus tierras, siendo las más considerables Louhossoa, Maccaye, Ossés, Hasparren; ahí, un suelo que no parece a primera vista sino seco y pedregoso, da siempre y no se agota jamás; son frecuentes dos cosechas al año. Al pasearnos alrededor de esos villorrios, nuestro oído se recreaba con el murmullo de cien arroyos cuyas aguas van a regar en todas direcciones rientes praderas que parecen decorar los flancos de las montañas con sombría verdura, más suave a los ojos, bajo un cielo brillante, que ese verdor de las campiñas inglesas comprado al precio de una eterna bruma.

La consideración prestada en este país al ejercicio de la primera de las artes contribuye sobre todo a hacerles florecientes. Los labradores de Maccaye y de Ossés son todos propietarios y no se les aborda sino llamándoles *etcheco yauna* (4) (señor de la casa) y esos señores no han querido nunca reconocer otros en su lugar, hasta en la época en que este título confería verdaderos derechos. «Ve Vd. —me dice Mestere—, esa casa cuadrada en la extremidad del valle; conocí antaño a su propietario; mimado por la estada que hizo en las grandes ciudades, a este ambicioso *etcheco yauna*, de regreso a Maccaye, se le ocurrió alinear en avenida algunos árboles en torno de su granja, que llamó su castillo, dando el nombre de torreón a su palomar y calificándose a sí mismo con el título de «marqués de Maccaye». Tal vez no se hubiera hecho sino reir de

ello si sus pretensiones góticas se hubieran limitado a eso, pero quiso repartir con Dios el incienso de la iglesia y con el municipio el producto de las tierras. Entonces, se enfadaron contra su *señoría* (3), Se quejaron contra ella y el parlamento de Burdeos arrojó al señor Marqués a la muchedumbre de los *señores de Maccaye*».

Este proceso fué amenizado por el doctor Hiriart, a quien el pueblo de Maccaye había encomendado su representación. Este médico, dotado de gran espíritu, había visto demasiados enfermos y moribundos para no hallarse compenetrado de la igualdad de los hombres; pero poseía demasiado sentido para hacerse un argumento de esta igualdad ante los órganos de las leyes positivas. Fué sobre la costumbre del país de Laburdi que estableció los derechos que defendía, e iluminó a sus jueces haciéndoles reir. Este mismo médico tuvo con su cura mientras predicaba un altercado bastante cómico. El doctor Hiriart, colocado frente al púlpito, se había dormido en medio del sermón: «Despertad a ese hombre», ordenó el cura dirigiéndose a los vecinos del que dormía. «Bueno, bueno, —contestó el médico abriendo los ojos—, tu oficio era el de tenerme despierto y no el de despertarme».

Uno de los hijos del doctor Hiriart, después de haber terminado en los jesuitas de Toulouse excelentes estudios que le dieron nombre en las provincias del mediodía, fué nombrado siendo muy joven para el curato importante de la única parroquia que tenía entonces Bayona; una fiebre contagiosa se desarrolló en la ciudad y todos los que eran atacados de ella morían infaliblemente en los hospitales. Es sobre todo en los hospitales donde el joven abate hace sus visitas, a pesar de que se le recomienda que no se exponga a peligros seguros; responde como un antiguo: «No se trata de saber dónde está el peligro, sino donde está el deber». Este heroísmo religioso tuvo su triunfo; un mes después, toda la villa en duelo y en lágrimas siguió a su convoy fúnebre. Esta víctima de la humanidad tenía un hermano mayor, que aún vive retirado bajo el techo paterno, en Maccaye, donde pasa, a la edad de ochenta y dos años, por el más hábil de los cultivadores.....

Más de un burgo de Francia y de Suiza lleva el nombre de villa sin ser tan grande, tan rico, tan poblado como lo es Hasparren. Su mercado parece ser el más considerable del país de Laburdi, acudiendo a él gentes de las tres comarcas vascas, y a veces hasta del valle español del Baztán. El Sr. Destère me ha presentado en este burgo a uno de sus parientes que, después de haber sido algún

tiempo soldado al principio de la revolución, y después vicario de Ustaritz, cumple hoy estas mismas funciones eclesiásticas en Hasparren, donde nació. Este buen sacerdote posee en el más alto grado la elocuencia de la cátedra sagrada apropiada a la lengua, a la vida y a las costumbres de estos distritos. Tres hermanos de una aldea dependiente de Hasparren (Urcaray) han dado en el curso de la Revolución ejemplos admirables, cualquiera que fuere la bandera que se haya seguido. Los Sres. Harriet, al salir de la infancia, entraron casi al mismo tiempo al servicio militar, y los tres adquirieron al precio de su sangre derramada en muchos combates, los grados superiores que escalaron. El más joven murió gloriosamente en Italia, sobre un campo de batalla; el mayor compartió con el general Harispe el mando de la legión de los Vascos: el tercero creyó deber a su patria y a su familia el aceptar cargos civiles para los cuales no era menos apto que para la carrera de las armas.

.....

La iglesia de Hasparren, edificada sobre ruinas de un templo de otro culto, encerraba un monumento bastante curioso. Un gobernador romano de estos distritos, de regreso de Roma, donde fué a solicitar justicia o favor para sus administrados, creyó deber dirigir acciones de gracias, no al emperador, no al senado, no a los dioses de Roma, sino al *genio tutelar* (3) del país. Este genio, después de tantos siglos, parece ser el único que no haya abandonado su puesto. Sus acciones de gracias fueron grabadas sobre una placa de bronce que fué desenterrada de los escombros del templo antiguo y que después ha sido colgada junto al altar mayor de la iglesia de Hasparren, donde se la veía aún hace algunos años.

¡Lo que es la celebridad! (me dice mi compañero vasco al llegar a Saint-Pé). Se habla aún de los Padres Duhalde y ya se ignora hasta el nombre del capuchino Clément, hombre muy superior a esos dos jesuitas..... El Padre Clément nació en Azkain; llegado a la edad de los catorce años, apenas había aprendido en estas montañas a leer y escribir; huérfano de padre y madre, sus medios de existencia eran nulos; por todo recurso, Clément tenía una hermana mayor, y esa hermana le consagró su vida. Con una de las más hermosas figuras y una de las más bellas estaturas que un hombre haya jamás recibido de la naturaleza, resolvió a los diecinueve años enterrarse en casa de los capuchinos de Bayona, donde su hermana le hizo entrar novicio. Sin que se haya podido adivinar por qué milagro hizo excelentes estudios en esos claustros donde se hacía voto de

ignorancia, salió de pronto para hacer oír de lo alto de la cátedra evangélica, en Toulouse, en Burdeos, en París, una de la voces más elocuentes que en nuestros templos hayan retumbado....

EJERCICIOS Y DIVERSIONES DE LOS VASCOS

17 DE MAYO DE 1817

Para visitar los municipios de Laburdi que me faltaban conocer, descendimos la Nive. Este río, que toma su manantial encima de Roncesvalles y corre entre la cadena de los Pirineos, no es sino un torrente hasta Cambo; y aún desde ahí, sus aguas, que no están ni encauzadas ni contenidas, embellecen el paisaje mucho más que lo que enriquecen al país. Por los molinos, quedan de distancia en distancia para la navegación corrientes peligrosas que bajan y muy difíciles de subir. Los barcos, que se llaman *chalans* (4), no pueden contener sino pocas mercancías. Sería digno de la beneficencia de un gobierno inteligente hacer examinar este río por hábiles ingenieros; encontrarían probablemente los medios de aumentar su navegación y ello sería un verdadero servicio rendido a esta provincia, a Francia, y hasta a España.

Cambo, situado en lo más ensanchado del valle, se extiende en parte en la altura muy elevada sobre el nivel de la Nive, y en parte sobre la orilla misma de este río. Además, la distinción de Alto y Bajo Cambo podría ser motivo de resentimiento y división entre los habitantes; pero esas miserias no se conocen aquí. Los Vascos están son todos igualmente orgullosos de su nombre y de su país; esta igualdad de orgullo nacional les mantiene en paz. Las aguas minerales, menos famosas pero tan buenas como las de Bagnères y de Barèges, atraen a Cambo hacia el fin del verano un número bastante crecido de enfermos que vienen a buscar la salud, así como gentes sanas que exclusivamente vienen a buscar el placer: este concurso de forasteros hace que se multipliquen las partidas de caza, los partidos de pelota y las danzas, de las cuales no puedo dispensarme de hablar con ciertos detalles, porque es sobre todo en los juegos donde es preciso estudiar las costumbres de los montañeses; el placer se añade singularmente a la fisonomía del pueblo vasco.

La pasión de los Vascos por la caza de palomas iguala casi a su

amor por la pelota y por la danza. En otoño comienza esta caza.... Hay dos clases de caza de palomas, la pequeña, que se hace en los valles, y la grande, en los montes. Para la primera, el cazador principal se construye una cabaña de ramaje, a falta de árbol; se acomoda en ella provisto de un fusil y de una paloma ciega, que ata en el exterior con un hilo bastante largo para permitir al ave revolotear a cierta distancia de la cabaña. Otros cazadores van a esconderse en las malezas. Al grito del reclamo, provocado por el cazador haciéndole sentir la ligadura que le detiene, las bandadas de palomas que se hallan en la vecindad acuden y se ofrecen por sí mismas al plomo que las alcanza de todas partes.

La gran caza exige preparativos y gastos considerables, que se reparten generalmente entre los propietarios reunidos para esta caza. Todos los árboles elevados de la montaña en que se reúnen, se cubren de cabañas y de cazadores, sin otra arma que una especie de carraca. Las palomas ciegas hacen primero su oficio; sus gritos atraen en tropel a sus compañeras; al mismo instante los cazadores lanzan de lo alto en medio de ellas un milano de madera y hacen resonar las carracas; en presencia de esto, ante ese ruido los enjambres de palomas asustadas se arrojan sobre amplias redes tendidas por los árboles de una a otra colina. Así se cogen cientos de palomas de un solo golpe.....

El juego de pelota constituye aquí una verdadera pasión. Se conocen dos clases, el rebote y el largo; el primero, que ocupa el segundo rango, se juega en pequeñas plazas con pelota dura, lanzada contra un muro, y no difiere sino por ciertas convenciones del juego de pelota que se juega en Francia en la mayoría de los colegios. Tiene de particular, no obstante, que en este país parece quedar reservado a los niños casi adolescentes y a los hombres de edad que próximos a la vejez. Juegan amenudo unos contra otros, siendo casi siempre el partido muy igualado, porque los unos no habiendo aún adquirido todas las fuerzas, y los otros no habiendo perdido las suyas, se encuentran a igual distancia de su mayor desarrollo. Al principio de esta contienda, entre los quince años y los sesenta, *sesenta* (3) tiene al principio ventaja, pero más frecuentemente *quince* gana la partida; y eso se explica, porque la fatiga de un ejercicio violento agota las fuerzas del viejo que termina, mientras no hace sino aumentar las del niño que comienza.

Todas las maravillas de este género de habilidad se despliegan en los partidos de *largo*. Miles de espectadores llegados de todos

los puntos de la región, y a veces hasta de España, se reúnen en un amplio espacio preparado al efecto. En esos días solemnes, los partidos no se forman sino entre atletas conocidos y sobre cuya valía se establecen apuestas considerables, porque no es tan sólo la vanidad de su opinión lo que se arriesga en estos encuentros, sino algunas veces una parte de su fortuna. El Sr. Destère me ha asegurado que había visto más de una vez 50.000 francos colocados sobre la plaza. Los muros de los jardines, las ventanas, los tejados de las casas, las gruesas ramas de los árboles que rodean el lugar de la escena, están cubiertos de espectadores de todo sexo y edad. Se empieza por formar el jurado, el cual se compone de cierto número de aficionados distinguidos que se pronunciarán en último recurso acerca de las dudas siempre dispuestas a surgir en el curso de la partida.

La uniformidad del traje está en uso entre los jugadores, cualquiera que fuere en la sociedad la condición o profesión de cada uno; todos con una ligera red sobre la cabeza, sin otras prendas que pantalón y camisa de brillante blancura; no se les distingue sino por el color de sus fajas de seda, que anudan frecuentemente y que manejan con gracia particular. Esta cualidad, de la que el pueblo vasco está esencialmente provisto, se hace notar más particularmente en un ejercicio en que la fuerza, la agilidad, la velocidad, son condiciones de un éxito que no se obtiene sino en la flor de la edad.

«Ligero como un vasco», se dice proverbialmente y sin poner en duda la exageración que pudiera encerrar semejante elogio. Este verso sobre el ciervo perseguido por una jauría, —«el ojo le busca y le sigue a los lugares que ha abandonado»—, no es menos literalmente cierto al hablar de los jóvenes habitantes de estos montes; el vuelo de su pelota por el aire no es más difícil de seguir que la huella de sus pasos. Una idea aún más difícil de hacerse es la de las emociones que les hacen experimentar las diversas evoluciones del partido. Durante ese flujo y reflujo de temor y de esperanza, corren los testigos por todos lados para llevar a lo lejos las noticias. Los caminos, a más de seis leguas del lugar, están sembrados de curiosos que interrogan asaltando a esos mensajeros. En fin, cuando la inteligencia o la suerte, que toma su parte en todos los acontecimientos de este mundo, ha decidido la victoria, los vencidos no sueñan más que en la revancha y los vencedores en nuevas contiendas. Estas no son solamente juegos, porque en ellas se ve la fortuna y la gloria.

La pelota tiene sus héroes, y los Sorrende, los Duraty, los Silence, los Parquins (11) y algunos otros han unido a su nombre una celebridad cuya duración garantiza la tradición, en defecto de la historia. El Sr. Destère me ha contado a este respecto la anécdota siguiente: «El famoso Parquins (11) se vió forzado a emigrar a España durante la revolución; sabe que uno de sus rivales de gloria, llamado *Crutchatty* (4), anuncia un partido de pelota en los Alduides, en la frontera. En seguida Parquins hace solicitar ante las autoridades del lugar un salvo conducto que se le acuerda por estar motivado en la necesidad de oponer a *Crutchatty* el único rival digno de luchar con él. Llega Parquins, entre en liza, combate, gana la victoria y regresa a España entre las aclamaciones de la muchedumbre que le acompaña hasta la frontera».

Era en las fiestas locales donde había que ver hace aún algunos años esas danzas en que figuraban pueblos enteros, en que todas las edades de la vida humana se reunían alrededor de las tumbas para celebrar, por las danzas mismas, esas fiestas a que tres o cuatrocientas generaciones habían asistido sucesivamente en los mismos lugares. Las edades, en el orden de su sucesión, y los sexos alineados en dos filas, se dirigen después del oficio divino de la iglesia al cementerio, precedidos del alcalde que, en la lengua poética del país, se llama *pontífice civil* (*aoussou apessa*) (4) (12). Este pontífice, con ramas de laurel y de oliva en la mano, conduce cadenciosamente la marcha solemne que dirige en la plaza pública al son de los instrumentos del país, entre los cuales no se cuentan más que la pandereta, la flauta de cinco agujeros y una especie de violín puente, sobre el cual se marca el ritmo golpeando las cuerdas con un palito cubierto de piel. A esos instrumentos; tan pobres en armonía, se mezclan por intervalos algunas voces agrestes con que labradores, pastores, sus madres, sus mujeres y sus hijas llenan la amplia extensión de los cielos en cantos que parecen descender de ellos.

Llegada a la plaza, toda esta población forma un círculo inmenso y la recorre varias veces a pasos medidos. La marcha se anima progresivamente y, en el momento en que su acción llega a la mayor vivacidad, el tamboril da la señal del *mouchico* (4), danza

(11) Los escribimos literalmente siguiendo al autor. (N. del T.)

(12) Los alcaldes de los pueblos vasco-septentrionales eran denominados en el país *auzapeza* (de *auzo*, barrio, y *apeza* o *apaiza*, sacerdote), autoridad civil. (N. del T.)

violenta que admite a todo un pueblo sin confusión. Noverre y Daurberval ensayaron dar una idea de ella en el teatro de la Opera, ¿pero cómo conservarla su carácter nacional? No son solamente los pies, los brazos, es todo el cuerpo, el alma de los Vascos, lo que el *mouchico* pone en movimiento; gritan, hablan y cantan al bailar; llenan la plaza con sus risas, sus voces, con que hacen resonar los ecos de los montes cuando atraviesan los Pirineos y quieren advertir el sitio en que se encuentran. Esta especie de gama rápida se llama *irrinquina* (4) en los Pirineos, *incina* en algunas partes de los Alpes. Creo recordar que Silio Itálico hace mención de ella en su poema, y que trata de imitarla con la armonía de sus versos. Las palabras improvisadas durante el *mouchico* son la expresión más verdadera del entusiasmo que produce esta danza entre los Vascos. Formarían una colección encantadora las palabras apasionadas y alabanzas delicadas que les inspira en ese momento la amistad, el amor y la piedad filial.

Los cantos de los Vascos son lánguidos, como en todos los países de montañas donde la permanencia de los hombres parece predisponer su alma a las sensaciones más tiernas. La lengua de los Vascos es la más favorable para la expresión del pensamiento melancólico. Dios se llama *Jaungoicoa* (Señor de lo Alto); la noche, *gab-a* (ausencia de luz); la muerte, *eriotza* (enfermedad fría); el sol, *egusquia* (creador del día); la luna, *ilarquia* (luz mortecina) (4).

Los Vascos son valientes, pero vengativos; excelentes soldados, sobre todo para la guerra de montañas, pero independientes y difíciles de sujetar bajo las banderas más allá del tiempo que se prescriben a sí mismos. Un gran capitán que conocía en cuanto a soldados, decía que los Vascos, tan distinguidos por el mérito personal, no valían nada en línea. En la guerra de 1793 contra España, dos medias brigadas mandadas por el bravo general Harispe, después de haber realizado prodigios de valor, desertaron casi hasta el último hombre para ir a abrazar a sus padres y amigos. Al cabo de algunos días, estaban todos de regreso en las filas en que sus jefes les esperaban sin inquietud.

Los nombres propios verdaderamente vascos, tienen casi todos un significado: *Salaberry* (sala nueva); *Etcheberry* (casa nueva) *Etchezahar* (casa vieja); *Ithurbide* (camino de la fuente); *Jaurgui-berry* (palacio nuevo); *Uharte* (entre dos aguas), etc. (4). El aseo en las habitaciones y en los trajes se lleva a más alto grado entre los Vascos que en ninguna otra provincia de Francia..... La religión,

entre los Vascos, no está libre de superstición; pero esa superstición, lejos de ser intolerante, no altera aquella suave filantropía que ejercen sin conocer su nombre: el respeto a los difuntos y a sus tumbas es aquí un verdadero culto; las ceremonias de los funerales son conmovedoras.....

Salgo mañana para continuar mi viaje por el departamento de los Bajos Pirineos; pero, antes de dejar este dulce país, diré algunas palabras acerca de Ustaritz, verdadera capital del País Vasco, en que todo viajero que no tiene patria debe hallarse tentado de elegirse una.

MI ADIOS A LOS VASCOS

31 DE MAYO DE 1817

Esta larga excursión y residencia que he hecho entre los Vascos, terminará por Ustaritz, donde me hallo hace ya varios días. Arboue, Arcanguez, Villefranque y Bassussarri (11) no me han ofrecido nada de muy notable; hasta tengo la tentación de creer que las costumbres nacionales comienzan a alterarse aquí, o, si se quiere, a pulimentarse por un roce más habitual con las de los franceses de Bayona.

Mi guía me detuvo sin embargo en Arcangues ante el recinto de una casa aislada, casi elegante, y situada en medio de una amplia extensión de jardines sobre un suelo que había yo juzgado estéril o por lo menos poco fecundo; me creí en una habitación de Santo Domingo. «El propietario de esta casa—me dice el señor Destère—es M. Larre, que ha vivido mucho tiempo en las colonias francesas. La suerte de esta casa es pertenecer a hombres de mérito. Antes de ser del Sr. Larre, era propiedad del médico Harambiliaque».

Ustaritz, por su extensión de más de legua y media de largo, recuerda a los que han cruzado Bélgica la aldea de San Nicolás. Ustaritz está igualmente formado de burgos reunidos que se llaman barrio: Arrauntz, Eroritz, Heri-Behere, Pourgonia (11); el nombre del tercero, que significa «villa baja», anuncia que antiguamente Ustaritz era o por lo menos tenía la pretensión de ser una villa. Sea como fuere, este burgo ha conservado durante siglos prerrogativas que le hizo perder la Revolución. Era residencia de un

tribunal de justicia civil y criminal y donde se reunían los estados administrativos de Laburdi. El *bilzar* era realmente asamblea de propietarios, jefes de familia, a cuya discusión y decisión eran sometidas las cuestiones administrativas de todas las parroquias de Laburdi.

Este país es esencialmente religioso, y no obstante la costumbre excluía del bilzar a los sacerdotes y a los nobles. ¿Era para separar los peligros de su influencia? No lo creo. Es más probable que el bilzar, anterior al establecimiento del cristianismo y del feudalismo, no quisiera cambiar nada de su constitución primitiva, permaneciendo tal como había sido siempre. Esta inmutabilidad se manifestó de manera bien notable en la misma elección del lugar de sus sesiones. El bilzar no se celebraba ni en un recinto cerrado con muros, ni en un palacio, sino en un bosque, sobre una eminencia que dominaba a Ustaritz. Dos peñas constituían los asientos del presidente y del secretario; otro bloque, cuya superficie había sido pulida, servía de mesa; ahí es donde se inscribían las deliberaciones y sentencias del consejo. Los miembros que formaban la asamblea, de pie, apoyados en bastones de espino y adosados a viejos robles dispuestos circularmente, guardaban tanto respeto por este recinto rústico como los Romanos por el capitolio decorado con imágenes de sus dioses. También los Vascos le llamaron y le llaman aún *Capitolo herri*. «Cuando regresé a estas montañas después de ese reinado de terror por el que la Revolución comenzaba a destruirse, ya no encontré—continuó el Sr. Destère—el menor vestigio de, esos monumentos sagrados del *Capitolo herri*»....

Ustaritz ha perdido todo; ya no tiene bilzar; ya no tiene tribuna; ya no es depósito del comercio de lanas entre España y Francia; las familias se apagan y las casas caen en ruinas o son abandonadas a los reptiles y a los pájaros nocturnos. ¡Qué rápidos son los progresos de la decadencia y de la destrucción! Este mismo Ustaritz ve aún pasearse sobre sus ruinas a un gran número de hombres y mujeres, últimos testigos de la prosperidad de este ayuntamiento, cuna de una familia entera de hombres célebres (13)....

«Los hombres del País Vasco—prosiguió el Sr. Destère—, y sobre todo las tribus de hombres, se distinguen mucho más por sus buenas cualidades que por las malas; el mal es poco más o menos el mismo

(13) A continuación, breve noticia biográfica acerca de la familia Garat. Después, algunos elogios a Baratchart, párroco, Dassance, juez, Novion, médico, Sorhais, abogado, y Larregui, artista de ópera. (N. del T.)

en todas partes; el bien es el que es diferente. La medalla, antigua del Pueblo Vasco tiene su reverso como cualquier otra, pero sobre este reverso se muestra aún no sé que roña de antigüedad que tiene sus rasgos y su carácter. La reclamación secreta del corazón humano contra el derecho de propiedad. (por evitar de decir la inclinación al robo) tiene tal vez mas fuerza aquí que en otras partes; solo la religión puede persuadir a los que no tienen nada de que no poseen legítimo derecho a lo superfluo de aquellos que tienen demasiado. El robo doméstico es aquí raro; la ratería, desconocida; pero los ataques a mano armada en los caminos y casas se multiplicaron en diferentes épocas, y desgraciadamente algunos rasgos de valor desplegados por los bandidos han cubierto el horror que debieran inspirar esas acciones antisociales. Hemos tenido nuestros *Robertos* (3), jefes de bandidos, y recuerdo haber asistido en mi infancia al proceso de uno de esos héroes de los grandes caminos, condenado a muerte por el parlamento de Burdeos. Se le puso en presencia de los instrumentos de tortura erigidos para arrancarle los nombres de sus cómplices. Tomó el gorro frigio que cubría su cabeza y dirigiéndole la palabra le dijo: «Hablaré cuando tu hables», y no habló más que su gorro. Se concibe que tales hombres no tengan miedo de los aduaneros ni escrúpulo. en cuanto a contrabando, que constituye en esta frontera una guerra continua, sufriendo mucho de ello las costumbres, la agricultura y la industria.

«Entre una juventud apasionada y con frecuencia reunida en las plazas públicas, abundan necesariamente las querellas y los combates amenudo mortíferos. A la menor disputa están en el aire los palos ferrados, que los Vascos esgrimen con un arte que guarda reglas y profesores como el sable y la espada. Pero está en uso un arma aún más peligrosa, el cuchillo. En vano se trata de hacerles avergonzar por el empleo de semejante arma, en que no ven sino una más corta que nuestras espadas, y por consiguiente más favorable al valor, puesto que obliga a batirse de más cerca. Es precisamente la respuesta de aquella Lacedemonia a su hijo, cuando éste se quejaba de que su espada era demasiado corta: «Alárgala de un paso».

«Debo decirlo, la venganza, esa pasión feroz que se alimenta y se altera en la sangre, ha ejercido a veces sus furores en nuestras montañas. Podría comunicar veinte anécdotas que recordarían los odios hereditarios de algunas razas antiguas, convertidos en patrimonio de la tragedia, pero me limitaré a un caso de que existen

todavía varios testigos: Un director de aduanas residente en Bidache, llamado Lacoste, había destituido a un aduanero vasco contra el cual se elevaban quejas graves y que parecían fundadas. El aduanero escribe a su jefe para justificarse; el director no contesta; una segunda, una tercera carta obtiene la misma suerte, aunque esta última hablaba «de una mujer y de tres niños condenados a morir de hambre por una decisión injusta». Cuarenta y ocho horas después, en pleno día, el aduanero, carabina a la espalda, cruza tranquilamente la muchedumbre de que en aquel momento estaban llenas las calles de Bidache, como si fuera a hacer un informe oficial. Sube, entra en la oficina del director de aduanas, le apunta y tira. Un niño de catorce años se lanza delante del tiro, recibiendo en un muslo. El aduanero se retira con la misma sangre fría y regresa a su casa para saltarse los sesos.».....

Al escribir estas últimas líneas acerca del País Vasco que dejaré dentro de una hora, me apercibo de que he hecho lo que Vernet, que no intentaba pasar sino dos días en estos lugares donde residió tanto tiempo. No tengo desgraciadamente tan buenas excusas como él que dar. Sus cuadros de Bayona y de los alrededores son obras de arte; examinándolos en París, los Vascos se creen todavía en San Pedro de Irube y en Bayona. Los Vascos de sus marinas son los mismos que cruzan continuamente el puente de Saint-Esprit sobre el Adur, los mismos que se ven figurar todos los domingos en las fiestas de Cante-Prast, cuya situación entre el Adur y el Nive, entre los Pirineos y el Océano, es una de aquellas en que el arte y la naturaleza han reunido más bellezas pintorescas, posición preciosa, digna de ser retiro de la bondad, de la elocuencia y de la ciencia de las leyes. Ahí habita el Sr. Chegarai (11).

LOS BEARNESES (14)

4 DE JUNIO DE 1817

.....

El Vasco mide todo a golpe de vista; el Bearnés al pie y a la

(14) De este capítulo dedicado al Béarne, sólo traducimos un pequeño fragmento en que se compara al Vasco con el Bearnés. (N. del T.)

toesa (15). El Vasco tiene grandes habitaciones, en las que quiere que él y los suyos, entre los cuales cuenta los animales, estén con comodidad; el Bearnés estrecha todo en pequeñas moradas donde a fuerza de orden encuentra bastante sitio para todo. El Vasco tiene en sí mismo una especie de confianza descuidada hacia la naturaleza, y en aquel de quien la naturaleza no es sino su obrera; el Bearnés prevee, vela y vigila sin cesar; el año próximo es para él como el día siguiente. En la mirada del Vasco se lee que sueña; en la del Bearnés, que calcula. Es difícil ser más espiritual y más valiente que el Bearnés, pero lo es mucho por punto de honor, porque no quiere que se diga y que se haga mejor que él; todo lo que puede ser el Vasco, lo sería en un desierto como en el teatro del mundo. En cuanto a su valor, no se vanagloria de él más que de su barba. Un hombre que debía estar enterado dijo un día: «Todos los Franceses son valientes, y los del mediodía tanto como los del norte; lo son de distintos modos más que en distintos grados». Los tiradores vascos tiran en línea como en un duelo, pero hay que dejarles correr, saltar, lanzarse. El Bearnés y su vecino de los Altos Pirineos son apropiados a todos los fuegos. En las artes manuales, los Vascos trabajan muy de prisa y bien; el Bearnés, lentamente y mejor. En cuanto a las bellas artes, están muy alejados unos y otros para dar lugar a ningún paralelo; no obstante, dos hombres han llevado muy lejos el perfeccionamiento del canto francés, Jeliotte y Garat; el primero, bearnés, y el segundo, vasco de origen. Pero, después del primero se decía aún en Italia que no sabíamos cantar; ya no se dice eso después del segundo. El Bearnés es más amable; el Vasco ama mucho más. En los más pequeños burgos del Bearne hay salones: no los hay en los más grandes de Laburdi. El Vasco no sabe vivir sino en los templos, en las plazas públicas y en su familia.

Todos los rasgos de este paralelo han sido provistos a quien los traza, o por sus propias observaciones, o por las instrucciones que busca y que recoge por todos lados.

.....

«Martín de ANGUIOZAR» traduxit

(15) Antigua medida francesa de longitud, equivalente a 1 metro 949 milímetros. (N. del T.)